



EXCMO. SR. D. PEDRO LÓPEZ AGUIRREBENGOA
Embajador de España

Homenaje a Samuel Hadas

Sra. Presidenta de la Fundación Promoción Social de la Cultura.

Querido Samuel:

Aquí nos encontramos, en la inauguración de este Seminario del CEMOFPSC, con la profunda tristeza de no poder contar con tu asistencia personal, la de un entrañable amigo con el que he compartido tantos años de comunes vivencias profesionales pero, sobre todo, humanas, en la más bella expresión de esta palabra.

La última vez que nos vimos, demasiado brevemente, por la premura de tu siempre apretada agenda, fue hace un año, en Madrid, con ocasión del anterior seminario del CEMOFPSC, en el que ambos participamos. Me correspondió presentaros a ti y al Patriarca Emérito de Jerusalén, Mons. Sabbah, y lo aproveché, aunque con la brevedad del momento, para hacer una sincera expresión de vuestras respectivas personalidades y virtudes. Dije entonces que consideraba como rasgo común más destacado de ambos, cada uno desde sus convicciones, papel y trayectoria, ser “hombres de paz” y así lo habíais evidenciado en vuestro respectivo pensamiento y actuación.

Después, nos ilusionamos mutuamente con el nuevo proyecto de este Seminario, inicialmente previsto para el pasado febrero. Te agradecí mucho tu llamada desde Roma, en Noviembre, en la que me alentaste a contribuir al mismo. Te dije que lo haría de mil amores, por el tema, que me ha apasionado desde la juventud, cuando mi padre fue Cónsul General en Jerusalén, a principios de los años 50, y me ha acompañado durante toda mi vivencia diplomática, por los puestos que he tenido. También por amistad y solidaridad con tu esfuerzo al respecto. Pilar Lara me dijo que tú le habías indicado me encargase redactar el texto de la presentación del Seminario. Así lo hice, sacudiendo la pereza que me daba, en aquel momento, ponerme a trabajarlo, atareado como estaba en otras cosas en mi otoñal retiro donostiarra. Te lo envié, te consulté, y no hiciste ningún cambio. Ello me permite decir que es tu texto y que a través de él y de su orientación vas a estar muy presente y vas a participar en nuestra labor.

Querido Samuel.

Nos conocimos cuando llegaste a Madrid en 1980, en tu difícil misión como agente oficioso de tu país, para ir preparando el camino de la normalización diplomática. Un acuerdo entre

caballeros, fruto del discreto encuentro celebrado en El Escorial por el entonces Ministro, Marcelino Oreja, con el actual Presidente Simón Peres. Yo era entonces Director General de la zona y me encargaron ser tu contacto regular. Nos veíamos fuera del Palacio de Santa Cruz, ya que nos impusieron la discreción. La situación de Oriente Medio era difícil, como casi siempre, y ello obligaba a hacer las cosas así. Nos continuamos viendo hasta que yo fui trasladado como Embajador a Atenas, a principios de 1982. Nuestro último encuentro, en el que nos hicimos mutuamente recomendaciones sobre el proceso entre nuestros dos países, que fueron sinceros consejos del alma, resultó todo menos discreta. Quedamos en el Bar del Palace, sin percatarnos de que era día de sesiones en el Congreso. De repente vimos que el local se llenó de diputados, que nos reconocieron.

Durante todo ese periodo, fui testigo directo de tu buen hacer diplomático y personal, de tus grandes cualidades en todos los planos, y por lo que me atañe, quiero destacarlo, la de la amistad. Todo ello y nuestros destinos nos hermanaron todavía más, cuando coincidimos en ellos y después. Lograste una gran penetración en los medios españoles, que te dispensaron, en general, una favorable acogida. Los Embajadores árabes se alarmaron y recuerdo que en una ocasión vinieron a verme para expresarlo. Les dije, desde la buena relación y confianza que tenía con casi todos ellos: “él está solo, con la cobertura diplomática de su condición de representante de su país en una organización internacional con sede en Madrid, pero de tapadillo en lo demás y con muy escasos medios materiales; vosotros sois más de una docena, con muchos más medios de toda índole y con unas buenas y plenas relaciones oficiales con España, que os otorgan mucha más capacidad de actuación y presencia, aprovecharlas mejor”. La verdad es que, por lo menos durante nuestra conversación, se mostraron comprensivos.

Querido Samuel.

Cuatro años después, ya durante el Primer mandato de Felipe González y habiendo Shimon Peres sucedido a Itzhak Shamir, en la rotación pactada, como Primer Ministro, nuestros Gobiernos encontraron la ventana de oportunidad para el establecimiento, en enero 1986, de las relaciones diplomáticas plenas. Nuestros Gobiernos quisieron que tú permanecieses como Embajador en Madrid y yo fuese a abrir nuestra Embajada en Tel Aviv. De nuevo estuvimos hermanados por nuestra misión, aunque esta vez a mi me tocó la parte más difícil de abrir y poner en marcha la Embajada y las relaciones. Después, tú regresaste a tu ministerio para ser Director General de Relaciones Culturales y yo seguí en Tel Aviv. Tuvimos muchas ocasiones de vernos y renovar nuestra amistad, de profundizar en ella. También entonces conté con tu apoyo y sabios consejos. Vivimos momentos difíciles, especialmente durante la Guerra del Golfo, y otros alentadores pero complicados, como la Conferencia de Paz de Madrid de 1991 y el Quinto Centenario, hasta que me destinaron a nuestra Embajada cerca de la Santa Sede.

Lo que menos me esperaba es que el proceso de acercamiento entre la Santa Sede e Israel te acabaría llevando allí, primero como Representante Personal y después, una vez firmado el acuerdo de relaciones, como Embajador. De nuevo hermanados en nuestras respectivas misiones. El ex Ministro y Diputado, Jossi Beilin, otro buen amigo, político y diplomático relevante, que nos acompaña en el Seminario, siendo gran satisfacción poder volver a verle, ultimó las gestiones con la Santa Sede, que determinaron tu nombramiento. Una buena elección

dentro de las alternativas que existían. Él sabe lo que le comentaron en la Santa Sede y yo también porque, como te conté, algo tuve que ver en ello, pero esto queda entre nosotros.

Como en Madrid, tuviste en Roma un cometido importante y delicado, que fuiste capaz de desempeñar, a mí entender, con habilidad diplomática, talante moderado y moderador, prudencia y otras dotes personales bien conocidas y valoradas en Roma. Entre estas, como en Madrid, creo que te sirvió de mucho tu condición multicultural de “azkenazi latinizado”, como te solía llamar afectuosamente. Tu amada Argentina te lo dio y ayudó a restañar las tremendas heridas de la tragedia familiar que sufriste a manos nazis en tu nativa Polonia. Pero esto también queda entre nosotros, ya que no eras propenso a hablar de ello. Ese aporte hispánico lo probaste una vez más al redactar en español, por la facilidad que tenías en ello, tu discurso de credenciales para SS el Papa. Sabías “ponerse en los zapatos del otro”, algo que siempre me recomendabas como virtud diplomática, en lo que coincidí plenamente. Fuiste de nuevo un buen y apreciado Embajador de tu país.

Cuando yo regresé a Madrid a final de 1996, permaneciste en Roma, hasta tu jubilación, algo más de un año después. Reactivaste tus frecuentes viajes a España y tu participación en numerosas conferencias, seminarios, y otros eventos, así como tu colaboración como articulista en varios periódicos y otras publicaciones españolas, cosa que nunca dejaste de hacer desde tu época de Madrid. Yo estaba de Embajador en Misión Especial para el Mediterráneo y tuvimos ocasión de coincidir y vernos con cierta frecuencia, hasta que en el 2001 me trasladaron a mi último puesto como Embajador en El Cairo. No era fácil para ninguno de los dos trasladarse para vernos, a pesar de nuestra cercanía geográfica, pero no por ello dejamos de comunicarnos de vez en cuando, eso sí, con menos libertad, para intercambiar nuestros pensamientos y papeles. Cuando me jubilé volvimos a coincidir en Madrid bastantes veces. Recobramos el placer de “vieillir ensemble”.

Querido Samuel.

Me he permitido alargarme en el recuerdo, y que los presentes me perdonen por ello, porque quería reflejar así la importante parte de tu vivencia de la que he sido testigo directo: tus cualidades profesionales y humanas; tu ponderación y comedimiento, combinados con el convencimiento y tenacidad al servicio de tu país; tu personalidad judía, consciente y heredera de los valores más enraizados del judaísmo; tu fino sentido crítico; tu amor por la verdad, la justicia y la paz; tu apego a un sionismo bien entendido; tu sincera y calurosa amistad. Nos dejas con todo ello un recuerdo, que es a la vez presencia viva. Espero que tu ejemplo y tu inspiración, nos ayuden a todos a perseverar en tus afanes y esperanzas para un mundo mejor.

Shalom, hermano. No es una despedida. Tu sabes por qué lo digo.